

dido gracia por los vencidos en un telegrama de amigo a Sarmiento, noble arranque de mi alma, que usted no aceptó, negándome el derecho de pedir para usted una sentencia tranquila y aun magnánima cuando se nos aseguraba que usted podía ser fusilado».

Esta carta nos demuestra los buenos propósitos con que Mitre trató siempre de solucionar la cuestión de límites con Chile y su afán de que nadie intercediese por él cuando podía ser condenado a muerte. Su vida era independencia y libertad; pero también, y en sumo grado, sacrificio por su Patria, por sus amigos y por la ciencia. El presidente caído se elevaba a un pedestal mucho más alto: era opinión pública que lo consideraba, en aquellos momentos, el más grande de los argentinos, y era, asimismo, el juicio unánime de los estudiosos de América que lo reconocían como a uno de los más notables bibliófilos, e historiadores del Continente. Mitre tuvo el mérito poco común de mantener su grandeza tanto en el puesto más alto que puede alcanzar un ciudadano en un país libre, como en los instantes más angustiosos que puede pasar un hombre. Esta grandeza de su espíritu, verdaderamente ejemplar, que admiraban amigos y enemigos, se nutría constantemente en la lectura de los más puros ingenios de la humanidad. Por ello podemos repetir que los libros fueron en su vida un sostén espiritual y un fuerte amor.



<https://doi.org/10.29393/At191-8UOJD10009>

UNIDAD EN LA OBRA DE JUAN DRAGHI LUCERO

Cuyano hasta la médula, pronto al sueño y a la tarde de las bibliotecas. Juan Draghi Lucero labora, intensamente y entrega, sazonados y firmes, tomos y tomos: «Sueños», «La Bodeguita», «Hondas y Piedras», «El Anillo», «Manuel J. Olascoaga», «Vida y Obra de Miguel A. Puget», «Novenario Cuyano»,

«Cancionero Popular Cuyano», «Estudio sobre Cartas de Jesuítas Mendocinos» y, hoy, su oloroso libro a pueblo y a infancia; «Las Mil y Una Noches Argentinas». Vive para el ensayo, la investigación, el cuento, el drama, el poema y la mano vernácula, que le brinda la oportunidad de reunir, de una sola vez, las dispersas cualidades que prodiga en otros géneros.

Le hemos conocido en nuestra Biblioteca Nacional, agachado en gruesos archivos, como un ángel que despertara polvos y amarillas páginas sin muerte: busca el enlace de ellos y nosotros y, siendo argentino, es chileno, y es americano en un gran impulso universal, porque ama al pueblo, lo comprende y lo lleva en su frente, como una intensa marca de sangre. Hermosa labor de búsqueda de raíces y de esencias es la que realiza este hombre sencillo y esforzado. Porque su libro «Las Mil y Una Noches Argentinas» es excursión a los mitos, es decir, a lo permanente de nuestros sueños, y es canto al hombre mentiroso y andariego de estos lados del mundo. Un vivo nudo de idénticas perspectivas lo preside: es chileno su caudal, como es argentino, porque es americano. Y esta dualidad chileno-argentina es algo señaladísimo en su obra, particularmente en «Novenario Cuyano» y «Las Mil y Una Noches Argentinas», únicos libros que marginaremos en este artículo.

Pero antes, destaquemos la grandeza de una misión en Draghi: la de no dejar que el tiempo pula hasta el olvido, (si es que el olvido cabe en estas cosas), las leyendas que son como *el pan nuestro de cada día* de nuestro pueblo y nuestra infancia. Con estilo que suena tierno y gracioso, imitando al gaucho, y hasta escribiendo palabras en los relatos al modo criollo, (*permisio, calle rial, garabina, vido*), lo que le da un aire encantadoramente puro, ha logrado la redondez de sus «Mil y Una Noches Argentinas», libro que, además, posee—para nosotros—, un valor de índice: el índice de lo que, realmente, es *hacer patria* en estas faenas. El escritor dado a su oficio con cuerpo y alma. Pero con una solvencia tras de sí: la de quienes no declaman patriotismo, sino que lo

exaltan concretamente, alentando y cooperando en misiones tan fuertes como la de Draghi Lucero, quien si ha podido hacer lo que ha hecho, se debe, en parte no escasa, a la ayuda de los que han superado la crónica y el discurso, enviándole al terreno preciso para sus trabajos. ¡Sirvanos de ejemplo, ahora que la chilenidad es tema grato! ¡Cuántas obras duraderas y de importancia podríamos emprender en Chile con un sentido semejante!

Y escrito lo anterior, enfilemos hacia «Novenario Cuyano», (1935), donde una guitarra chilena se desfloca en nostalgias. El fondo de este libro está rayado con aires de esta tierra:

*«La chingana está de fiesta
con espuelas y guitarras...
cuchillos desenvainados
entre vida y muerte se hablan».*

Chile es presencia manifiesta, («Cueca», «Gato»), y es que somos moneda acuñada en una misma sangre con los cuyanos.

En «Novenario Cuyano» hay romances, mas no son de ocasión, sino que de raza; quiero decir que en ellos Draghi mueve más que asonancias, propósitos, aromas, actitudes, personalidad, ya que el romance se presta, como ningún otro género poético, a uniformar los rostros que cantan: de ahí su peligro y su éxito cuando se le doma y se le estruja la gracia.

Gusta de componer largos poemas dialogados y en «Las Deshoras» encontramos un teatro de cielo abierto, aunque rueden las escenas en cauce de adulterio... Teatro para leído.

«Novenario Cuyano» es como la versión lírica, como el andamiaje lindo y jugoso, de «Las Mil y Una Noches Argentinas»: la elementación que en este segundo libro será cimiento y simpatía, en «Novenario Cuyano» es antecedente y canción: los arribanos, las higueras, los vientos, los chañares, las deshoras...

Allí radica la unidad de la obra de Draghi: en la construcción sostenida y fervorosa de un mismo y poderoso cariño: su

Cuyo. Domina tanto al poeta como al folklorista un igual imán; del poema al relato no media sino forma, pero, por dentro arden las mismas querencias; por ejemplo, la primera parte de «Novenario Cuyano» se titula. «... ¡Santa Madre Cordillera...!» y «Las Mil y Una Noches Argentinas» comienza con un prólogo, que es una invocación mejor, llamado «¡Padre Ande...!».

«Las Mil y Una Noches Argentinas», (1940), está basamentado en pasión americana, expresándose en júbilo admirativo y de hallazgos para con el Ande: «Retornar a la tierra es la gran gran voz», «Ha llegado el momento del diálogo con la tierra nativa!»; es la singularización no sólo verbal, sino que de amor para con la Cordillera: no es común entonces; es solamente cuyana; trozo de sueño hecho eternidad para esa banda, cabezal de los nortes cuyanos.

Hay en la obra de Draghi Lucero un avance hacia lo nacional, con elementos universales; en «Romance de la Guardia Civil», de García Lorca, San José y la Virgen, padres del Padre, brotan españolizados; en Chile, Pedro Olmos pintó tiernos y hermosos nacimientos con San José y la Virgen *emponchados* y criollos, *mateando* y con traza de huasos; Draghi Lucero conoce el poder sugestionador de estas apropiaciones y nos describe diversas situaciones que encantan, como la de la página 177 en que el Mandinga insurge con «un poncho colorado y negro, terciado a lo llanista». Es la conciencia popular, que ignora el convencionalismo de los límites, gozándose en soñar de acuerdo con sus horizontes esenciales. Es la mitomanía dueña del mundo que otorga pan y caminos, y vive más allá de todos los días miserables.

El sentido popular del viaje y del Diablo florecen en la mayoría de las narraciones de Draghi Lucero. El viaje, que es la solución más sutil y esforzada de nuestros pobres a sus desgarraduras, se presenta a los ojos de los americanos «pata e' perros» como una lógica llave de salud; huir, como si andando se alejara uno de la mugre y del hambre, de la mala suerte y de los piojos. Acaso el trotamundos nuestro sea la razón de ésto que hemos

escrito: a tanta miseria, tantos senderos; a mayor fatiga, rutas multiplicadas.

Y el Diablo es la otra gota de alivio. El Diablo vive a causa de la desesperación popular: para contrarrestar las noches amargas, es preciso ingeniarse y el Diablo no es sordo. Pactar con el Diablo, según nuestros desamparados, es aproximar el vaso de vino ardiente, el amor, la joya cegadora, la consideración humana, la felicidad que la vida, tal cual es, no les concede. En obra de corazón popular, viaje y Diablo son, por derecho y por peso de colorido, insubstituíbles y decisivos. No podía ignorarlo Draghi Lucero, varón de tradición adentro.

Decíamos, al empezar, que las leyendas que Draghi ha seleccionado son del caudal nacional; *verbi gratia*, «El cuerpo sin alma», que inicia su libro, aquí, se llama «Juan sin alma», menos retórico; «El Negro triángulo», «La flor de vira vira» y «Garabato va y garabato viene», por ejemplo, entre nosotros, ruedan con algunas alteraciones formales, que la inventiva de la medianoche y los velorios compone y lanza, como aros de luz azul por encima del cielo de las imágenes del pueblo que miente y que canta.

Tal constatación impone una pregunta: ¿es que no tenemos cultores de lo folklórico, vale decir, de las garras profundas de nosotros mismos? ¿Es que nadie ha partido a tales hondas zonas de raza y de belleza? Queda en pie la obra que en esto debemos hacer. Acevedo Hernández es el primer soldado de esta grande jornada. Nefthalí Agrella, con desenvuelto criterio, escribió su «Alfarero Indio»: tienen ellos la palabra. Y nosotros. Y las autoridades. Y los editores.

Variedad y buen gusto, que es como decir, armas contra el hastío, se señalan muy visiblemente en el libro de Draghi Lucero. En empresa tal, está el peligro en la monotonía; y el mayor elogio es leerse íntegro un libro de esta naturaleza y quedar con sed de releerlo, como sucede con «Las Mil y Una Noches Argentinas». Y dentro de esta variedad, ondea la substancia de una

breve narración de intención: «La libertad del negro». Social, diríamos, es su punta; en esta obra, donde la bondad exhibe muchos metros, esta narración de fondo humano resplandece y queda como un latigazo contra los opresores del hombre.

El poeta que es Draghi Lucero, el que guapea en «Novenario Cuyano», se hace presente en los poemas que anteceden a cada relato, y en ciertas páginas en que los ojos gozan como ante un arcoiris, (en la 312, escogiendo al azar, donde nos describe el combate del Viento Norte y el Viento Sur, pelea que revuelve las sienes, y que bastaría para garantizar un nombre).

Hombre de cuyanidad, (la región a flor de pluma), Draghi Lucero es una viva y una ardiente presencia de nuestros gustos; él con Ricardo Tudela, timonel de Ediciones Oeste, impresores de «Las Mil y Una Noches Argentinas», merecen consideración y memoria, que apresuradamente estampamos.—ANDRÉS SABELLA.

■

ANGURRIENTOS, por *Juan Godoy*

Bastante tiempo antes de la aparición, ya esta novela era conocida por muchos escritores amigos del autor. Los comentarios y juicios eran halagadores y elogiosos. Los que no conocíamos la obra esperábamos largamente verla alguna vez entre nuestra manos. Y he aquí que nuestro deseo se ha cumplido. Y podemos decir que «Angurrientos» es la creación entusiasta de un novelista joven que ha puesto toda su energía y sus condiciones intelectuales, para renovar y formar una nueva corriente literaria que el autor denomina «Movimiento de la Intuición de la Esencia Chileno-Cultural». Debemos agregar que Juan Godoy ha formado un grupo de escritores jóvenes, dándose este grupo el nombre de «Angurrientismo». Se trabaja en él por la nacionalización literaria, tanto en novela como en poesía; o sea, procura este grupo enaltecer y dar realidad artística a todo